

MEMORIAL DE DISIDENCIAS. VIDA Y OBRA DE JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Julio NEIRA

(Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2014, 622 págs.)

Frente a, los formalistas rusos del primer decenio del siglo XX y los componentes de lo que se llamó *new criticism* de 30 años después todos ellos defensores a ultranza de considerar la obra literaria exenta de biografía y circunstancias vitales, tan deseosos de construir una historia de la literatura sin historia, sin “factores externos”, tan renuentes, en definitiva, a vincular vida y obra, frente a ellos, decía, el profesor Julio Neira, titula su trabajo *Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*.

Verdad es que a dicho título le precede el de *Memorial de disidencias*, pero son términos no contradictorios con los antedichos, ya que el de “memorial” hace referencia a lo que Covarrubias, a principios del XVII, identificaba con “la petición que se da al juez o al señor para recuerdo del algún negocio”, otorgándole por tanto valor documental, preciso y relacionado con un asunto concreto y el segundo, “de disidencias”, se refiere sin duda al desacuerdo vital-biográfico de Caballero Bonald con la dictadura franquista y muchos de los acontecimientos políticos y sociales que le ha tocado vivir desde la transición a la democracia hasta el día de hoy, tanto como a su irrenunciable deseo de articular una obra exenta de escuelas y pronunciamientos teóricos previos.

No queremos decir, como es natural, que el profesor Neira quiera establecer una relación directa, constante y constatable, entre la biografía de Caballero Bonald y su obra

literaria. Ni siquiera defiende un desarrollo de ambas en líneas paralelas, aunque fueran alejadas, pero sí que nos señala una urdimbre común que las enlaza unas veces de manera evidente y otras, sutil; un poso espeso y bullente que las atempera y relaciona, un regurgitar de ambas, vida y obra, pastoso y lento que de continuo aflora incontinente para alimentarse de manera mutua.

Posicionamiento inicial suficientemente laxo por supuesto, pero no tanto como el que otorga Caballero Bonald a sus propios libros de "memorias" donde se entremezclan voluntariamente, con datos precisos y verificables, zonas de confusión y olvido, también de pura imaginación, que convierten esta parcela de su literatura, la que podríamos denominar "memorialista", en una obra de carácter narrativo más, casi de ficción pura y dura.

Son muchas, reiteradas e iluminantes, las reflexiones que Caballero Bonald ha hecho sobre el desvalimiento del recuerdo, su ambigüedad, sus lagunas, sus desvíos y traiciones, su articulación difuminada y su aposentamiento engañoso y engañosador.

En el trabajo de Julio Neira asombra, por el contrario, la acumulación de datos, la precisión en el relato de acontecimientos, la profusión de detalles. Algunos de ellos pueden parecer, a primera vista, superficiales e incluso innecesarios, insignificantes o repetitivos, pero cuando en un esfuerzo encomiable e incesante, el investigador los concatena, relaciona unos con otros, busca en su encadenamiento su profundidad, y, sobre todo, los enlaza con la obra del autor, comprendemos la razón última de esfuerzo tan continuado y generoso, de investigación tan colmada.

Así que seguimos, a su paso, el lento caminar de una vida, la problemática y muchas veces penosa maduración de una personalidad, la pausada y despaciosa construcción de un escritor. Fracasos, abusos, vaivenes vitales, abandonos, desubicación, enfermedades, violencia, depresiones profundas, conciencia y compromisos políticos, vindicaciones, algunas deslealtades, muchos actos de solidaridades y generosidad; y, en paralelo, dominio de unos mecanismos expresivos, exigencia de un rigor llevado al límite, apertura a literaturas emergentes, no contentarse nunca con lo liviano, lo cómodo, lo fácil o lo dócil; escribir con el apremio de la excelencia. Hasta asistir, por último, al paulatino flujo de reconocimiento público e institucional de su obra literaria y la acompasada verificación social de su ejemplo ético. En definitiva, pasamos a convertirnos en espectadores codiciosos y devotos de la morosa y esplendente hechura de un escritor imprescindible.

Cuando Neira hace un minucioso recuento de los años iniciales del escritor en su Jerez natal y nos sitúa en el estrecho e impermeable ámbito social en el que su familia se mueve (el inalterable acogimiento de su madre, el laconismo y carácter adusto de su padre), en los inhóspitos años de la postguerra, las primeras experiencias sexuales, y las iniciales sensaciones del fracaso y sus asperezas, así como en tantos otros datos de su vida, no se silencian ni se escamotean aquellos que pueden resultar penosos o humillantes.

Asistimos a las reacciones de aquel adolescente a los llamados de la amistad, al tiraje de los deseos, a las proclividades hacia el abandono y la dejadez. Y aprendemos con él que, en puridad, también reacciona ante los hechos aquel que no reacciona, que es posible ampliar el mundo desde un mundo muy estrecho y que es en la soledad donde el hombre resume su vida y la proyecta; que es posible alimentarse de la desgana, aprender a expresarse en el silencio, tomar decisiones desde la apatía y ocupar espacios de vida desde el vacío vital.

Cuando empieza sus estudios de Náutica (que no terminaría) y vive entre Jerez y Cádiz, se inician sus primeras publicaciones que consisten en artículos de temas circunscritos a la realidad social y cultural provinciana y publicados también en ámbitos de proyección muy reducida, y al poco, primeros poemas en *Platero* (que dirigía Fernando Quiñones) y contactos con el grupo *Cántico* (fundamentalmente con García Baena y Ricardo Molina), y otros escritores (Juan Valencia, Pilar Paz Pasamar, Carlos Edmundo de Ory) hasta que decide presentarse al premio Adonáis (1951), en esos años el premio de poesía de mayor prestigio nacional. Al conseguir un *accesit* recibe las primeras críticas en revistas y periódicos de repercusión nacional y comienza a considerarse su nombre en los ambientes literarios más influyentes.

Abre su vida a Madrid, sirviéndose de apoyos y hospitalidades de amigos como Panero y los Moreno Galván y, al poco, soluciona su precaria situación económica al convertirse en Secretario de la revista de Camilo José Cela *Papeles de Son Armadans*. Cambia su residencia a Mallorca que compagina con amplios y continuados contactos con el grupo de poetas de Barcelona (Barral, José Agustín Goytisolo, Gil de Biedma...) y el más heterogéneo de Ángel González, García Hortelano, Celaya, Blas de Otero, más radicado en Madrid.. Unos y otros conjuntamente o por separado comparten y amplían lecturas (poesía social y las literaturas emergentes latinoamericanas; Lezama, sobre todos) también contactos (como con los exiliados del 27 y los residentes en España, Alexandre y Dámaso Alonso), reciben reconocimientos y premios, y asumen concienciación ética y compromiso político.

Con ese recorrido, meticuloso y pródigo, el profesor Neira nos presenta una viva e iluminadora reseña de toda la literatura española de la segunda mitad del xx e, incluso, de primeros del XXI.

Tampoco deja de referirse a los libros de investigación y divulgación que de vez en vez ocupa la escritura de Caballero Bonald. Son libros de temáticas muy diversas que le servían posteriormente como base documental imprescindible de artículos y conferencias: Góngora, Botero, Cervantes, el barroco andaluz, etc. Y trata preferentemente su dedicación al estudio y recopilación del cante flamenco, en la que su inestimable labor se diferencia de aquella que hicieron en los años 20 Lorca, Falla y otros intelectuales que buscaron fundamentalmente la vindicación del flamenco como hecho cultural, así como de la que desarrollaron en colaboración Ricardo Molina y Antonio Mairena entre los años 56 a 67 que intentaba fijar los cánones expresivos de los distintos palos del cante flamenco; sus trabajos de finales de los 60 indagan preferentemente en el nacimiento tabernario y recóndito, marginal y protestarlo del cante y en las voces hasta ese momentos desconocidas, de La Piriñaca, Manolito el de María, Tomás Torre y tantos otros. Son años de exceso de alcohol, que fragilizan su salud.

Son los mismos años 60 en los que inicia su importantísima labor novelística, y amplía y magnifica su labor de poeta que comenzó una década antes (y que suman 25 libros entre exentos y antologías). Habría que esperar hasta los 90 a que iniciara sus trabajos "memorialistas" que ocupan, hasta ahora, tres volúmenes.

Son igualmente los años en los que empieza a recibir muy diversos reconocimientos que comienzan por premios como el Ateneo de Sevilla, continúa por los que otorgan las Editoriales Plaza y Janés y Seix Barral, y aquellos otros, de carácter institucional de la mayor relevancia: Premio Andalucía de las Letras,(1990) Reina Sofía de poesía iberoamericana(2004), Premio Nacional de las Letras españolas (2005), Premio Internacional de poesía F. García Lorca (2009) y en 2012, el Premio Cervantes.

El meritorio trabajo del profesor Neira (que ha sido reconocido con el Premio de Investigación "Antonio Domínguez Ortiz") no se circunscribe, lo que ya es mucho, al acopio minucioso de la biografía de Caballero Bonald, su posterior ensamblaje con el desarrollo y la densidad de su obra literaria, y a la vez, ofrecernos un visionado iluminador de casi un siglo de la literatura española, sino que vence con creces una dificultad que lastra a muchos otros libros de investigación y crítica de la misma complejidad y ambición, tal es la de acompasar acumulación de datos y fluidez expositiva, exhaustividad y solidez con claridad y solvencia expresiva.

A partir de este libro sabemos mucho más de un extraordinario escritor que ha hecho de la disidencia y la denuncia de lo injusto su norma cívica irrenunciable, y del rigor y la exigencia más alta su norma literaria ineludible.

Rafael Ballesteros.